

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

FILOSOFIA
Y
LETRAS

*REVISTA DE LA FACULTAD
DE FILOSOFIA Y LETRAS*

39

JULIO-SEPTIEMBRE

1950

I M P R E N T A U N I V E R S I T A R I A

FILOSOFIA Y LETRAS

REVISTA DE LA FACULTAD DE
FILOSOFÍA Y LETRAS DE LA
UNIVERSIDAD N. DE MÉXICO

PUBLICACION TRIMESTRAL

DIRECTOR-FUNDADOR:

Eduardo García Máynez

SECRETARIO:

Juan Hernández Luna

Correspondencia y canje a Ribera de San Cosme 71
México, D. F.

Subscripción:

Anual (4 números)

En el país	\$ 11.00
Exterior Dls.	2.00
Número suelto	\$ 3.00
Número atrasado	4.00

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

Rector:

DR. LUIS GARRIDO

Secretario General:

DR. JUAN JOSÉ GONZÁLEZ BUSTAMANTE

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS

Director:

DR. SAMUEL RAMOS

Sumario

ARTICULOS

		Págs.
José Gaos	<i>Actualidad de Descartes</i>	9
José M. Gallegos Rocafull	<i>Las Pruebas Cartesianas de la Existencia de Dios</i>	23
Eli de Gortari	<i>Oposición entre la Física y la Metafísica en Descartes</i>	41
Juan Manuel Terán	<i>Descartes y la Política Moderna</i>	69
José Luis Curiel y Benfield	<i>La esfera afectiva en el pensamiento cartesiano</i>	69
Leopoldo Zea	<i>Descartes y la Conciencia de América</i>	93
Francisco López Cámara	<i>El Cartesianismo en Sor Juana y Sigüenza y Góngora</i>	107
Bernabé Navarro	<i>Descartes y los Filósofos Mexicanos modernos del siglo XVIII.</i>	133

Rafael Moreno	<i>Descartes en la Filosofía de la Ilustración Mexicana.</i>	151
---------------	--	-----

RESEÑAS BIBLIOGRAFICAS

Eduardo García Máynez	<i>Latin-American Philosophy of Law in the Twentieth Century (Josef L. Kunz.)</i>	171
Pedro Rojas Rodríguez	<i>Extremos de América. (Daniel Cosío Villegas.)</i>	174
Raúl Cardiel Reyes	<i>Filosofía del Oriente. (C. P. Conger, J. Takakasu, D. Teitaro Sasaki y Shunzo Sakamaki)</i>	183
Enrique Espinosa	<i>Antropología Pedagógica. (Herman Nohl.)</i>	187
Alicia Gómez Orozco	<i>Introducción a la Psicología Científica. (Oswaldo Robles.)</i>	189
Rafael Heliodoro Valle	<i>Actas del Cabildo de San Juan Bautista de Puerto Rico. (Publicación Oficial del Gobierno de la Capital.)</i>	191
Félix Gil Mariscal	<i>Como Tajo de Hielo. (Jorge Ramón Juárez.)</i>	192
Juan Hernández Luna	<i>Notas de la Facultad de Filosofía y Letras</i>	197
Publicaciones recibidas		201
Registro de revistas		203

LA ESFERA AFECTIVA EN EL PENSAMIENTO CARTESIANO

I. *Autocrítica*

Al tener el alto honor de ser invitado por el Centro de Estudios Filosóficos a participar en el ciclo conmemorativo del III Centenario de la muerte del eminente filósofo René Descartes, pensé en la conveniencia de referirme a la esfera afectiva dentro de la filosofía cartesiana. Es decir, abordar un problema que fue *ocasión* para probar las virtuales y eficacia del gran sistema.

Siempre he deseado prolongar las construcciones teoréticas hasta sus últimos corolarios que se traducen en una solución práctica; y me ha parecido que hallan en esa *cristalización concreta*, su *comprobación victoriosa* o su derrota, que en su caso, no es derrota definitiva para el progreso científico, sino solamente para la universalidad y esencial fijeza de la teoría, pues como ha enseñado Claudio Bernard —a quien Bergson denomina “maestro de los filósofos contemporáneos”— cuando una hipótesis es desechada por la experiencia, los datos que sirvieron para vencerla, vienen a constituir desde ese instante, la base firme de una nueva hipótesis científica.

Emile Bréhier en su estudio sobre Shelling declara con razón que “una teoría no puede probarse en su fórmula abstracta y sin duda todos admiten que solamente adquiere un valor cuando llega a ser principio de construcción; pero es preciso dejar la teoría allí donde nos abandona... hay que esforzarse en realizar las teorías como se invierte un capital...”

¡Ejemplar la conducta de Agustín cuando logra hacer revisión de sus obras: *De Recensione Librorum*! Cuántos filósofos dignos de cuenta

han resultado de la autocritica y rectificaci3n de su propio trabajo. Admirable surge tambi3n Descartes, estimulado por las instancias de una distinguid3sima princesa, cuando redacta el *Tratado de las pasiones*, que pone en crisis y hace pasar por dura prueba, el valor de su propio sistema.

En esta vez, como en la experiencia agustiniana, no necesitamos ir hacia afuera para conocer la verdad, ya que dentro del mismo pensamiento cartesiano, franco y sincero, surge el problema de su validez.

“Al pie del 3rbol de la verdad, nace el reto3o de la duda”, dec3a Dante, no con intenci3n esc3ptica, sino como natural anhelo de progreso. De esta manera me parece contemplar al pie del 3rbol frondoso de *Las meditaciones* los reto3os inquietos que impelen a la perfecci3n: *El tratado del hombre*, *El tratado de las pasiones del alma*, *La di3ptica*, *El compendio de m3sica*.

Para mostrar la importancia de este tema *afectivo* en la filosof3a de la 3poca, me basta recordar una conclusi3n hist3rica, espigada de la inmensa erudici3n diltheyana: “la funci3n m3s propia de la antropolog3a del siglo XVII ha consistido en fundar, prosiguiendo el trabajo emprendido por el siglo anterior, una teor3a de la conducta de la vida y hasta de las ciencias del 3spritu, bas3ndose para ello en la teor3a de los afectos”.

No interpreto esta afirmaci3n como signo de un predominio anti-racionalista en 3poca racionalista, sino como af3n de llegar a comprender la *intimidad* del hombre. He meditado sobre los motivos de la curiosidad cartesiana por el estudio de los afectos, y salta a la vista que esta indagaci3n reviste mucho mayor alcance que el simple estudio anal3tico o descriptivo de una vivencia psicol3gica. Se trata m3s bien de abrir esa puerta porque piensa el fil3sofo que ella le dar3 acceso a la contemplaci3n de la naturaleza humana. Es como una sonda que mide las profundidades oce3nicas del alma enturbiada a veces por el mareo intelectual, es como un escape o una perforaci3n del racionalismo, que producir3 inevitable liberaci3n espiritual. Bien comprend3a Descartes y lo ha consignado en sus *Cartas*, que la verdad no se contempla “con las especulaciones in3tiles del docto en su gabinete, y que no suponen para 3l otro 3xito, que el de hacerlo tanto m3s vanidoso cuanto menos de acuerdo est3n con la sana raz3n humana, porque entonces es cuando m3s ingenio y habilidad ha de mostrar para darles la apariencia de verdad”.

LA ESFERA AFECTIVA EN EL PENSAMIENTO CARTESIANO

Estudiar las *Pasiones* es ascender y descender. Ascender de lo sensible hasta lo más íntimo. Descender de las teorías puras a las comprobaciones indispensables.

No se trata de indagar un "fin", sino de tocar un resorte oculto que nos hace obvio el camino hacia la realidad humana.

Es la misma actitud investigadora de todo gran psicólogo. Cuando Teodoro Fechner estudiaba las relaciones psicofísicas, pensaba que la sensación sería el meollo donde se conjugarían lo corporal y lo espiritual; cuando Maine de Biran meditaba sobre la noción de esfuerzo voluntario calificado como anhelo hiperorgánico —como totalidad primitiva que pertenecería a un orden intermediario entre el cuerpo y el espíritu, como relación que envuelve una fuerza y una resistencia, una determinación motriz y una sensación muscular simultáneas— no hacía otra cosa que asomarse a la vidriera que, a su juicio, transparentaba mejor la realidad humana. Si Bergson ha dedicado muchos de sus mejores años de trabajo al estudio de la memoria y del sistema nervioso, fué debido a que consideró que la memoria "se halla a medio camino entre la materia y el espíritu". Y las llamadas psicologías profundas de hoy, tienden cada vez más, a considerar y ver en las vivencias signos o símbolos de la personalidad individual y social.

Si Descartes ha sido caracterizado como "un hombre que se pasa la vida observando *en sí mismo* el trabajo del pensamiento, el juego de las pasiones", etc. . . . es claro que no perseguía la simple recreación vivencial, las "historiolas" a que se refiere con desdén Spinoza, cuanto el punto de coincidencia entre la realidad y el pensamiento. (Así Coussin, Jouffroy, Saisset, Fouillée, etc.)

El precepto socrático era, sin duda, su guía.

Y es que, como afirma André Prévost, aparte de la lucha contra todo escepticismo, el problema de la comunicación del alma y del cuerpo era mirado en el siglo XVII como la cuestión fundamental de la filosofía.

Y estas dos afirmaciones que he trazado: la indagación curiosa y detenida de los afectos, como medio para la segunda afirmación: consideración de la naturaleza panorámica y unitaria del hombre a través de las relaciones alma-cuerpo, aparecen expresamente señaladas en su íntima conexión y penetradas del más vivo interés científico, en el rubro que intitula la primera parte del Tratado de las pasiones: "*Des passions en general, et par occasion, de toute la nature de l'homme.*"

II. *Signos nocturnos*

No todo es luminoso y diáfano en el pensamiento cartesiano, como debían ser los inflexibles encadenamientos racionales de las ideas claras y distintas. Se hallan también esos signos que algún pensador contemporáneo denomina "crepusculares o nocturnos". Porque toda obra humana integral refleja necesariamente estas interferencias del autor: no sólo sus apercepciones, sino también sus percepciones confusas, en lenguaje de Leibniz.

"Yo era hijo de mi tiempo, como cualquiera de vosotros", escribe Descartes a sus contemporáneos. Y su época no solamente se distingue por la afición físico-matemática, sino también por el esplendor que alcanza la lengua y la literatura francesa. No solamente el rigor científico de Kepler, Galileo y Copérnico ha de ser continuado, sino también la fecunda fantasía crece y se enriquece con amplitud de vuelo en Corneille, Racine, Molière, Bossuet, etc. Gusta a la juventud participar en torneos matemáticos, pero también gozar de las delicias de una ingeniosa plática. Es el instante en que el Cardenal Richelieu convierte en Academia de la Lengua un salón literario de conversación. Se fabrican muñecos mecánicos para divertir a los monarcas y al público, pero igualmente se busca en el autómatas humano el secreto de los movimientos del corazón y de la circulación sanguínea.

En Rennes estuvo Descartes dedicado a la esgrima, y poco después el teórico escribió un trabajo sobre "cómo vencer a un esgrimista de categoría", y aunque se haya perdido esta obrita, basta saber que el matemático fué atraído por esa suerte de combinaciones. Esto significa que se apasionó por tal ejercicio, como también por los juegos de azar, "con la pasión propia de quien se apasiona por ellos". Trató de sorprender los fundamentos teóricos de las apuestas. E igualmente se apasionó su espíritu sediento de belleza y de verdad, por el misterio de la música. Mostró mucho interés en las reuniones musicales y poco después de su primera estancia en París publicó un escrito en latín sobre la música, que por fortuna se conserva, y he tenido el placer de estudiarlo. En él observó los maravillosos efectos de la musicalidad: "cómo arrebató a las parejas mágicamente obligándolas a expresar, sin su voluntad, su propio ritmo", etc.

LA ESFERA AFECTIVA EN EL PENSAMIENTO CARTESIANO

No es Descartes un filósofo límfático, ajeno a los sentimientos ni mucho menos a los signos "nocturnos". Recuérdese que la visión de la *ciencia admirable* se le otorgó a través de un *sueño maravilloso* el 10 de noviembre de 1619, sueño singular compuesto por así decir, de tres episodios, y al cual el filósofo concedió la seriedad e importancia de una auténtica revelación.

Descartes gozó profundas alegrías, ternuras y cariño familiar, y se desasosegó e inquietó con preocupaciones, desazones y dolores. Por ejemplo, sus biógrafos nos aseguran que pocas veces se había sentido tan bien como en los primeros años de su estancia en Holanda. El tiempo libre de que disponía, la vida animada de la ciudad, y sobre todo, la marcha feliz de sus investigaciones científicas, le llenaron de un bienestar, de una satisfacción y de una alegría extraordinarios. "Duermo diez horas todas las noches sin que me despierten los cuidados. En sueños (signos nocturnos) vago entre bosques, jardines y palacios encantados, disfrutando de todas las delicias que se describen en los cuentos de hadas (Descartes sabía cuentos de hadas y pensaba en ellos con fruición). Y si me despierto, mi contento sube al punto, porque mis sentidos participan de la alegría, porque no soy tan riguroso que les niegue algo que el filósofo puede concederles con tranquilidad de conciencia. En esta gran ciudad en que todo el mundo corre tras la ganancia, salgo todos los días a pasear en medio de la muchedumbre. Los hombres son como árboles, el ruido como el murmullo de las fuentes, la alegría en el trabajo como la alegría campesina, que hermosea el lugar y lo llena de toda clase de comodidades. Los barcos traen productos de las dos Indias y las rarezas de Europa."

De esta época data su relación afectuosa con Elena. Y durante cinco años prodigó su ternura paternal a la pequeña Francine. El delicado carácter de Descartes sufrió una profunda afectación con la muerte de ambas, acaecida por el año de 1634. Este episodio muestra una cara poco conocida para los anteojos "racionalistas" del cartesianismo. Doce años después compuso Descartes su célebre *Tratado de las pasiones del alma*.

Antes de abrirlo, conviene que me detenga en ciertos antecedentes.

III. *Antecedentes históricos*

No pretendo remontarme a las magníficas y profundas consideraciones de los filósofos antiguos y medievales sobre la esfera afectiva. A ello he consagrado otro trabajo. Solamente quiero poner de relieve la situación que guarda el *Tratado de las pasiones* de Descartes respecto a sus antecedentes inmediatos. Esta consideración marcará los límites de la originalidad cartesiana.

Los eminentes pensadores cristianos como San Agustín, Santo Tomás, San Buenaventura o Duns Scoto, se habían preocupado hondamente con el problema de las pasiones, pero de tal manera, que lo vincularon estrechamente con la intención ética del cultivo de la virtud y destierro de los vicios, y sin dedicar a la cuestión afectiva un tratado especial. Es claro que hoy puedo presentar un verdadero "tratado de las pasiones" de cualquiera de esos admirables filósofos, desarticulando algunas de sus obras y articulando muchos de sus pensamientos y fragmentos dentro de su propio espíritu. Pero su espíritu era claramente elaborar una ética.

Esta misma intención aparece expresada en la parte final del *Tratado cartesiano*. Sin embargo, entre los principios del siglo XIV que vieron la temprana muerte de Duns Scotto y el año de 1646 que dió a luz el estudio del filósofo francés, habían ocurrido algunas novedades: En el siglo XVI había aparecido por vez primera una publicación con el nombre de *psicología*, y también en esta misma época y dentro del gran Renacimiento español llamado Siglo de Oro, Luis Vives había logrado "de hecho" una especialización afectiva, al consagrar su tercer libro del *Tratado del alma* al tema de las pasiones. Si bien desborda su intención ética, hay "de hecho" un tratamiento estrictamente descriptivo-psicológico de las vivencias afectivas. Comienza su *Tratado* con aquella advertencia: que el principio que ordena conocerse a sí mismo no parece referirse tanto a la esencia del alma como a sus funciones. "Los actos de estas facultades otorgadas a nuestra alma por la naturaleza para seguir el bien y evitarnos el mal, se llaman pasiones o afectos, por los cuales nos inclinamos hacia el bien o contra el mal o nos apartamos de éste." Este pasaje se emparenta con textos de la *Summa Theologica* de Santo Tomás así como con Cicerón, los estoicos, etc. . . . Sin embargo, el psicólogo es-

pañol quiere superarlos tratando con más detenimiento y sobre todo *especialmente* las pasiones. “No estudiaron esta cuestión —escribe Vives— con bastante diligencia los pensadores de la antigüedad, según vemos por sus escritos.” Contemporáneo suyo, Juan Huarte de San Juan, aborda el mismo problema con un criterio “naturalista” y estrictamente médico: aparte de las virtudes sobrenaturales y de las morales sostiene que “a causa de la unidad substancial humana no hay virtud o vicio natural, que no tenga su temperatura correspondiente en los miembros del cuerpo, que le ayude o la desayude en sus obras”. Así entiende el decir de Galeno: “al médico pertenece hacer de un hombre de vicios, virtuoso” y también: “los filósofos morales hacen mal en no aprovechar de la medicina para conseguir el fin de su arte”, etc. Contemporáneo de Vives y de Huarte de San Juan, fué el eminente maestro de las Relecciones, Francisco de Vitoria, tan ilustre por tantos conceptos. Y uno de sus mejores discípulos pasó a Nueva España y en ella comentó los libros del alma de Aristóteles, sin necesidad de separar en libro especial las Pasiones, consagró un capítulo de su obra psicológica al estudio de las mismas. Fué el primer filósofo en tierras mexicanas, fray Alonso de la Veracruz. Su originalidad consiste precisamente en que, sin necesidad de un “tercer libro” introdujo el tema como parte integrante de su *Segundo Libro*, como miembro vivo de una gran totalidad. Y ello con abstracción del aspecto ético, es decir, con un sentido exclusivamente psicológico. Luis Vives murió en 1540, dos años después de haber terminado su *Tratado del Alma*. La obra de fray Alonso fué impresa en 1557, o sea, unos diecinueve años más tarde. Por ese tiempo, el humanista Francisco Cervantes de Salazar había traducido en América parte de los escritos de Juan Luis Vives. Leyendo la *Séptima investigación del libro II del Comentario al Tratado del alma* de Aristóteles, realizado por fray Alonso de la Veracruz, llego a la convicción de que posiblemente el filósofo que enseñó en mi patria las primeras lecciones de Psicología sea el primer autor que haya estudiado con un sentido estrictamente psicológico y en un capítulo orgánico y funcional, el tema de las pasiones del hombre.

Pues bien, en el *Tratado de las pasiones del alma* de René Descartes, aparece expresamente citado el nombre del pensador español Juan Luis Vives. Descartes no solamente dedicó un libro dentro de un *Tratado* al tema que tanto me interesa, sino por así decir, un *Tratado* entero, en

honor de la princesa Isabel de Bohemia. Esta actitud que otorga tal importancia a la esfera afectiva fué común a todos los cartesianos, pues el asunto es retomado y revisado por ellos por modo expreso: Malebranche en los libros iv y v de sus *Investigaciones de la verdad*, o Spinoza en su *Ética*, o Blas Pascal con sus "razones del corazón", o Locke y Leibniz con sus *Ensayos sobre el entendimiento humano*, o Bossuet en el apartado vi del capítulo v de su *Tratado del conocimiento de Dios*, o La Bruyère, criticando a los estoicos en sus *Caracteres*, han reflexionado con vivo interés sobre el problema que planteó en el seno de su sistema, el padre de la filosofía moderna, hace tres siglos.

IV. *El Tratado de la princesa*

En una epístola fechada el cuatro de Diciembre de 1648 declaró el autor que su *Tratado de las pasiones* había sido escrito "para ser leído por una princesa cuyo espíritu se halla de tal manera por encima de lo común, que concibe sin pena alguna lo que parece ser más difícil a nuestros doctores, por lo que no me he detenido a explicar allí sino lo que yo pensaba ser nuevo".

Se refiere a la noble dama a quien había dedicado sus *Principios de la filosofía* con aquellas palabras corteses: "A la sérénissime princesse Elisabeth, première fille de Frédéric, roi de Bohème, Comte Palatin et Premier Elécteur de l'Empire." El *Tratado* fué escrito en francés por 1646, revisado y aumentado por el propio autor, se imprimió por vez primera en Amsterdam el año de 1649, y algunos editores lo preceden con unas cartas dirigidas al filósofo y con sendas respuestas; lugar y fecha de estas epístolas: "De Paris, le 6 novembre 1648. A. M. Descartes—D'Egmont le 4 Décembre 1648. Réponse a la lettre précédente.—Le 24 juillet 1649 a M. Descartes—D'Egmont le 14 Aout 1649. Réponse a la seconde lettre."

Un manuscrito del *Tratado* fué obsequiado por Descartes a la Reina María Cristina de Suecia hacia fines de 1647.

El libro, considerado topográficamente, es como el corazón, o si se quiere, como la glándula pineal del cuerpo cartesiano. Ocupa un lugar de encrucijada de los estudios científico-empíricos y las gigantescas construcciones filosóficas. Estas la ligan como meta y al mismo tiempo criterio iluminador por uno de sus extremos, y por el otro la obra se engarza

con el *Tratado del hombre* y con aquellos otros dos escritos que por así decir lo ilustran, ojos y oídos de la máquina humana: el de *Dióptrica* y el de *Música*. El primero relacionado con los estudios de astronomía contenidos en la tercera parte de los *Principios de la filosofía* es, en palabras de Thomas, uno de los más bellos monumentos de la teoría de la vista, que bastaría él solo para inmortalizar a Descartes: es la primera obra en donde se aplicó con tanta extensión como éxito la geometría a la física. Respecto del *Compendio de música* al que me referiré con más detenimiento al final de esta conferencia, obedeció a una temprana exigencia del espíritu del joven, quien desde sus veinte años había observado la naturaleza de los sonidos y la analogía que guardan con la teoría de la luz. "Había aplicado una geometría profunda en este arte que en los antiguos penetraba las costumbres y formaba parte de las constituciones de los Estados, que en los modernos es de reciente creación y que en algunas naciones está aún en cuna: arte admirablemente asombroso e increíble, que pinta por el sonido y que por las vibraciones del aire despierta todas las *pasiones del alma*" . . .

El tema del *Tratado de las pasiones del alma* engarza perfectamente en los eslabones últimos de su plan de estudios: "Si es muy necesario haber comprendido una vez en la vida los principios de la metafísica . . . (había escrito el filósofo), conviene emplear el resto del tiempo que uno tiene, para el estudio en los pensamientos en que el entendimiento actúa con la imaginación y los sentidos." Y el tratamiento de este tema, produjo graves consecuencias en los filósofos que lo siguieron y especialmente en psicólogos y estéticos. La originalidad cartesiana resalta frente a sus antecesores, según hemos visto, pues lo que pudiéramos llamar una autonomía material de las pasiones o de la esfera afectiva en la obra de Juan Luis Vives, se traduce en Descartes en una tendencia bastante marcada hacia una autonomía formal. Como voy a mostrar, hace de la pasión una vivencia intermedia del pensamiento y de la senso-percepción, colocando el mundo afectivo y estético como partícipe al mismo tiempo de la atmósfera sensible y del ambiente espiritual. Con razón se ha considerado al pensador francés como precursor de los grandes idealistas alemanes que hicieron de la Estética una esfera medianera, "eine mitte". No es, por tanto, carente de importancia la actitud cartesiana de esforzarse por indagar estos fenómenos existenciales tres o cuatro años antes de su muerte, como no deja de ser significativo el hecho de que Vives se empeñara

en empresa semejante cuando le quedaban solamente dos años de vida. Se trata de aplicar el criterio maduro de su sistema filosófico a los estudios antropológico-psicológicos en tanto que éstos iluminan la intimidad del yo. Esta es una razón por la cual me parece vituperable el desprecio o la indiferencia que muestran algunos "racionalistas" por estas cosas "pequeñas y fáciles" dentro del grandioso edificio crítico difícilmente logrado por el padre de la filosofía moderna.

V. Cosas pequeñas y fáciles . . .

Cuando Pascal meditaba en los dos infinitos observaba que según se tienen más alcances, se ama hasta las menores cosas. Y así lo comprendió Descartes y lo prescribió en la *Regla ix para la dirección del espíritu*: "Conviene dirigir toda la fuerza del espíritu a las cosas más pequeñas y fáciles, y detenerse en ellas largo tiempo, hasta acostumbrarse a intuir la verdad con claridad y distinción." Y diciendo y haciendo, el filósofo y sabio aplica su energía espiritual a examinar estas menudas vivencias que se llaman los afectos declarando en el primer artículo que inicia el *Tratado de las pasiones*, que se trata de un asunto que nada tiene de difícil, pues "si todos sentimos pasiones no se requiere observar lo externo para conocerlas".

Pero esta misma sencillez del tema, que por así decir, traemos con cada uno de nosotros, señala la originalidad del dato constitutivo de una evidencia. Las pasiones son como pensamientos, cogitaciones, que no se inventan, sino se reciben, se dan, se imponen al "ego" meditante. Son cogitaciones a las que la voluntad podrá oponer otros pensamientos dirigidos. El razonamiento cartesiano sigue esta trayectoria: lo único que podemos atribuir al alma son nuestros pensamientos. Pero éstos son de dos clases: actos o acciones del alma (voliciones), y pasiones del alma.

Pasiones son todos los conocimientos o percepciones de nuestro espíritu. Pero este amplio sentido del término pasión se restringe por las siguientes consideraciones: no todo conocimiento es pasión, por ejemplo, los conocimientos evidentes no son pasiones; "porque la experiencia nos hace saber que los más agitados por sus pasiones no son los que mejor las conocen y que éstas pertenecen al número de las percepciones confusas y oscuras por la unión estrecha entre el alma y el cuerpo".

Pero tampoco es pasión toda percepción: las pasiones que interesan al preceptor de la Princesa Isabel, son solamente las *pasiones del alma*. O sea, las percepciones que, como la alegría o la tristeza, se refieren a la intimidad del sujeto humano y de ninguna manera las demás percepciones o senso-percepciones "que se enderezan a estímulos externos y dan noticia del ambiente que me rodea pero no de la situación interna en que me hallo". Así reza expresamente el artículo 25 del *Tratado*: "Las percepciones que referimos en forma exclusiva al alma son aquéllas cuyos efectos se sienten como en el alma misma y de las cuales no conocemos por lo común ninguna causa próxima a la que podamos subordinarlas: así los sentimientos de alegría, cólera, y otros parecidos, excitados a veces por los objetos que mueven nuestros nervios y otras por causas diferentes. Aunque todas nuestras percepciones, así las que se refieren a los objetos externos como las que subordinamos a las afecciones del cuerpo, son verdaderas pasiones acerca del alma tomando esta palabra en su más amplia acepción, sin embargo, se restringe su significado cuando se comprende en él únicamente las que se refieren al alma misma. Estas últimas son las que quise explicar aquí con el nombre de *pasiones del alma*."

VI. *Siento, luego existo*

Dentro del amplio sentido que enmarca la "cogitatio" cartesiana, es claro que el principio del *ego cogito*, puede expresarse también a través de las pasiones, o por ocasión de ellas. Más adelante, meditando sobre las *acciones*, sobre la voluntad y el hábito, Maine de Biran proclamará el otro principio: *Volo, ergo sum*, también implícito en el "*Cogito, ergo sum*". Pero además, hay una evidencia de la realidad de las propias vivencias afectivas, de la que no participan otras percepciones. O sea, que es imposible el escepticismo de las pasiones.

Descartes había notado que la mayoría de las percepciones causadas por el cuerpo depende de los nervios y algunas llamadas "figuraciones o fantasías", no las forma nuestra voluntad, proceden de los "espíritus animados" que están muy agitados y son meras ilusiones de nuestros sueños y aun de vigilia cuando nuestro pensamiento anda errante y lo apartan de la realidad, pues son como pintura o sombra de las percep-

ciones auténticas. "Puede y suele acontecer, dice Descartes, que esta pintura sea tan semejante a los cosas representadas, que nos equivoquemos en las percepciones que referimos a los objetos exteriores o a las partes de nuestro cuerpo; *pero jamás ocurre lo mismo en lo relativo a las pasiones porque están tan próximas a nosotros, son tan íntimas, que de todo punto es imposible que las sintamos sin que sean realmente tales como las sentimos. Dormidos, y aun despiertos imaginamos ver o sentir en nosotros ciertas cosas que no tienen ninguna realidad; pero dormidos o despiertos no podemos estar tristes o afectados por cualquiera otra pasión sin que el alma lleve en sí la tristeza o la pasión de que se trate.*"

Pascal en su *Discurso sobre las pasiones del amor* considera que casi no se puede fingir la apariencia del amor, si no se está cerca de amar, o si en alguna manera no se ama; porque para esa apariencia se requiere el espíritu y los pensamientos del amor... la verdad de las pasiones no se encubre tan fácilmente como las verdades seriales. Conocemos la verdad no solamente por la razón sino también por el corazón. Se refiere al espíritu de fineza o sutileza que "desde los ojos va hasta el corazón, y por el movimiento de fuera conoce lo que pasa dentro".

El pensamiento cartesiano no se ha desviado en su afán de hallar verdad incommovible y segura. El examen de las pasiones las muestra como plenas de certidumbre para el alma que las sufre. Son ciertas en su existencia y en su calidad tonal, ciertas en su tendencia expresiva que las descubre y ostenta, pero sobre todo, llevan al alma la más satisfactoria situación intelectual: la certidumbre de su íntima realidad: si estoy triste o alegre, estoy también seguro de existir. Es un nuevo eco del lejano "*Si fallor, sum*" agustiniano y corolario inmediato del "*Cogito, ergo sum*".

VII. *Dos textos agustinianos*

Me parece conveniente dar lectura a dos párrafos escogidos de las obras más profundas y originales de San Agustín. Son destellos sutiles de su penetrante mirada de águila, que ponen de manifiesto la certidumbre de la propia existencia implicada en la vida, y en la misma duda que supone esa vida.

Descartes incluye el sentir en la cogitación, como puede apreciarse en la *Meditación* segunda: "Sed quid igitur sum? Res cogitans. Quid est hoc? Nempe dubitans, intelligens, affirmans, volens, nolens, imaginans quoque et sentiens."

Esta argumentación parece en verdad eco agustiniano.

El primer texto que voy a citar se halla en el *Tratado de la Santísima Trinidad*: "Vivere se tamen et meminisse, et intelligere, et velle, et cogitare, et scire, et iudicare quis dubitet? Quandoquidem etiam si dubitat, vivit: si dubitat unde dubitet, meminit; si dubitat, dubitare se intelligit; si dubitat, certus esse vult; si dubitat, cogitat; si dubitat scit se nescire; si dubitat, iudicat non se temere consentire oportere. Quisquis igitur aliunde dubitat, de his innibus dubitare non debet: quae si non essent, de ulla re dubitare non posset."

Es decir: "¿Quién dudará que vive, recuerda, entiende, quiere, piensa, conoce y juzga?; puesto que si *duda, vive*; si *duda, recuerda su duda*; si *duda, entiende que duda*; si *duda, quiere estar cierto*; si *duda, piensa*; si *duda, sabe que no sabe*; si *duda, juzga que no conviene asentir temerariamente*. Y aunque dude de todas las demás cosas, de éstas *jamás debe dudar; porque si no existiesen, sería imposible la duda*." (Traducción de Fr. Luis Arias O. S. A.)

El segundo texto, más conocido que el anterior, es un breve capítulo de la inmortal *Ciudad de Dios* donde aparecen de relieve las íntimas conexiones que ligan el ser con el conocer y con el amar. "Porque nosotros somos y conocemos que somos y amamos nuestro ser y conocimiento. Y en estas tres cosas que digo *no hay falsedad alguna* que pueda turbar nuestro entendimiento; porque estas cosas no las atinamos y tocamos con algún sentido corporal como hacemos con las exteriores, como el color con el ver, el sonido con el oír, el olor con el oler, el sabor con el gustar, las cosas duras y blandas con el tocar; y también las imágenes de estas mismas cosas sensibles... pero... ciertamente *soy, y... eso lo conozco y amo*. Acerca de estas verdades *no hay motivo para temer argumento alguno de los académicos*, aunque digan: ¿qué, si te engañas? *Porque si me engaño ya soy*; pues el que realmente no es, tampoco puede engañarse, y por consiguiente, *ya soy si me engaño*. Y si existo porque me engaño, ¿cómo me engaño que soy, *siendo cierto que soy, si me engaño?* Y pues existiría si me engañase, aun cuando me engañe, sin *duda en lo que conozco que soy no me engaño*, siguiéndose, por consiguiente, que también en lo que

conozco que me conozco no me engaño; porque así como me conozco que soy, así conozco igualmente esto mismo: que me conozco. Y cuando amo estas dos cosas, este mismo amor es como un tercero, y no de menor estimación. Porque *no me engaño en que me amo*, no engañándome en las cosas que amo, pues *aun cuando ellas fuesen falsas, sería cierto que amaba las falsas*. Porque ¿cómo me reprendieran rectamente, y con justa razón me prohibieran el amor de las cosas falsas, si fuese falso que yo las amaba? Pero siendo ellas verdaderas y ciertas, ¿quién duda que cuando las amo, también su amor es verdadero y cierto?" (Trad. de José Cayetano.)

Los textos agustinianos y los pasajes cartesianos relativos a la certidumbre de las pasiones, ponen de relieve que toda cogitación y el mismo *cogito*, suponen no solamente la esencia, sino la existencia del yo. Toda vivencia da cuenta a mi reflexión, del ser profundo "in quo vivimus et movemur et sumus".

VIII. *El psicólogo de las pasiones*

Una vez asentada la realidad de nuestros afectos, Descartes procede a describirlos y definirlos, y seguidamente se refiere a su proceso psicofisiológico, señala el efecto principal que produce, reconoce tres grados de pasión y examina el grave problema del poder del alma con relación al cuerpo. De esta manera, el psicólogo prepara un valioso material al moralista.

Las pasiones a que se refiere el *Tratado* pueden definirse: "son las percepciones, sentimientos o emociones del alma, que se refieren particularmente a ella y que son causadas, sostenidas y fortificadas por algún movimiento de los espíritus animados".

El filósofo explica a continuación cada uno de los miembros de la definición anterior: "Es posible emplear la palabra *percepciones* para denominar las pasiones del alma cuando con ella expresamos los pensamientos que no son acciones o voliciones, pero no cuando queremos significar conocimientos evidentes... Las llamamos *sentimientos* porque son recibidas en el alma de la misma manera que los objetos de los sentidos externos y conocidas de igual modo que éstos. Finalmente, las llamamos *emociones* del alma porque este nombre puede darse a todos los cambios

que en ella se verifican, es decir, a todos los pensamientos, y porque las pasiones son de estos pensamientos los que conmueven con mayor fuerza.

“Digo en la definición que se refieren en particular al alma para distinguirlas de las otras sensaciones que referimos a los objetos exteriores como los olores, los calores, los sonidos, y a nuestro cuerpo como el hambre, la sed o el dolor.

“Digo que son causadas, sostenidas y fortificadas por algún movimiento de los espíritus para poder distinguirlas de las voliciones, que pueden denominarse emociones del alma que a ella se refieren; y de diferenciarlas de las demás sensaciones explicando su causa última y más inmediata.” (Arts. 27-30.)

Conviene advertir que Descartes llama “espíritus animados” de acuerdo con la terminología de su época, a cuerpos que forman cierto aire o viento muy sutil contenido en los nervios, cuerpos cuya única propiedad consiste en ser muy pequeños y moverse con mucha rapidez, como la llama de una antorcha: no se detienen en ningún sitio y a medida que entran unos en las cavidades del cerebro, salen otros por los poros de su substancia; esos poros los conducen a los nervios, de donde pasan a los músculos y mueven el cuerpo de todos los modos, de que es susceptible su movimiento. En síntesis, los “espíritus animados” están compuestos de la sangre más sutil. Así se expresaban los fisiólogos que tanto se esforzaron por hacer avanzar las investigaciones de la circulación de la sangre cuando se hallaban tan atrasadas.

Descartes sostiene que no es el corazón el asiento de las pasiones, sino más bien una pequeña glándula “situada en medio de la substancia del cerebro y suspendida de tal manera sobre el conducto de comunicación de los espíritus de las cavidades anteriores con los de las posteriores, que los menores movimientos provocados en ella influyen grandemente para cambiar el curso de estos espíritus, y viceversa, los más pequeños cambios en el curso de los espíritus influyen en los movimientos de la glándula.

“Existe una más poderosa razón que me persuade de que únicamente en esta glándula el alma puede ejercer sus funciones de un modo inmediato —dice Descartes—: las otras partes de nuestro cerebro todas son dobles. Del mismo modo son dobles los órganos de nuestros sentidos externos: tenemos dos ojos, dos orejas, dos manos. De una misma cosa, en determinado momento, sólo podemos tener un pensamiento; luego es preciso que haya algún lugar en donde las dos imágenes de los ojos...

se conviertan en una antes de llegar al alma... estas imágenes o impresiones se reúnen en la glándula por intermedio de los espíritus que llenan las cavidades del cerebro. En ningún sitio se pueden unir tan perfectamente como en la glándula pineal."

El mecanismo del *hábito* alcanza entonces una gran importancia: "Por más que cada movimiento de la glándula parezca haber sido unido por la naturaleza a cada uno de nuestros pensamientos desde el principio de nuestra vida, es posible juntarlos con otros, merced al *hábito*; y entre nuestra alma y nuestro cuerpo existe tal enlace que una vez que hemos juntado algún acto corporal con determinado pensamiento, ninguno de ellos se nos presenta sin que el otro deje de aparecer también."

De manera que el mecanismo que podría esclavizar al hombre, puede ser modificado por la formación voluntaria de movimientos que llamamos *hábitos*. Gracias a ello vuelve el hombre a ser dueño de sus pasiones. El camino consiste en crear una *segunda naturaleza* o una naturaleza renovada.

Para entender mejor la teoría de la sensibilidad en Descartes, conviene que mencione la distinción de los tres grados de las pasiones que se desprende del *Tratado*, tal como la explican Janet y Seailles:

1. En el grado inferior, la pasión surge en el alma como derivándose de la perturbación de la sangre y de la agitación de los espíritus animados; entonces los pensamientos del alma son impuestos inmediatamente por el cuerpo, cuyo estado expresan.

2. En el segundo grado, la pasión empieza por el juicio, y es causada por la acción del alma, que se determina a concebir tales o cuales objetos. Desde este momento el alma no está constreñida a ser expresión del cuerpo; hasta se pueden invertir los términos y decir que el cuerpo con sus movimientos es la expresión del alma. Así es como la virtud corresponde a una pasión.

3. Finalmente, hay sensibilidad puramente espiritual. Por ejemplo, la alegría puramente intelectual se produce en el alma por la simple acción de ésta; es el goce que experimenta al contemplar el bien que su entendimiento le presenta como suyo.

IX. *El moralista de las pasiones*

Si nada humano es extraño al humanista, Descartes no podía despreocuparse del grave problema moral formulado expresamente en los

rubros de sus artículos 45 a 50 inclusive: Cuál es el poder del alma con respecto a sus pasiones. Cuál es la razón que impide al alma ser dueña total de sus pasiones. En qué consisten los combates entre la parte inferior y la superior del alma. En qué se conoce la fuerza o la debilidad de las almas y cuál es el mal de las más débiles. Que la fortaleza del alma sin el conocimiento de la verdad no es suficiente para la vida, y por último la conclusión ética más trascendental: Que no hay alma tan débil que no pueda, estando bien dirigida, adquirir un absoluto poder sobre sus pasiones.

Descartes proclama que por naturaleza la voluntad es libre y por consiguiente no puede ser obligada mecánicamente. De ella dependen las acciones y voliciones que sólo de una manera indirecta sienten la influencia del cuerpo. Las pasiones pueden ser directamente causadas por el alma, pero también, como hemos visto, pueden depender del organismo y en este caso el alma puede modificarlas de una manera indirecta, mediante la formación de *hábitos*. Así lo declara el artículo 50 del *Tratado*: "Bueno es advertir que a pesar de que los movimientos, tanto de la glándula de los espíritus del cerebro, que representan al alma ciertos objetos, se unen con los que excitan en ella ciertas pasiones, *pueden separarse por el hábito y unirse a otros muy diferentes. Este hábito puede adquirirse en muy poco tiempo y también en un solo acto* . . . Las almas menos esforzadas pueden adquirir un absoluto imperio sobre todas sus pasiones *si se las educa y conduce con la paciencia y habilidad necesarias*."

X. Estético de las pasiones

En el último artículo del *Tratado* que he venido comentando, Descartes parece indicar en las pasiones cierto fundamento psicológico al goce estético: "posee el alma sus placeres peculiares; mas los comunes al alma y al cuerpo *dependen de las pasiones*; de manera que los *hombres más sensibles a ellas* son los más capacitados para saborear las dulzuras de la vida". Es indudable que entre estas dulzuras sobresale el placer estético.

Mucho se ha discutido acerca de la realidad de una estética cartesiana. De la interesantísima disputa entre Gustavo Lanson y Victor Basch, me parece que debemos concluir, en concordancia con el último, la posibilidad

de construirse una estética con las tesis expresas en la *correspondencia* del filósofo y de manera especial en su *Compendium musicae*.

Lanson sostuvo en julio de 1896 (*Revista de Metafísica y Moral*), la imposibilidad de una estética cartesiana. Interpretó el pensamiento de Descartes a través de Boileau o de Aubignac, sostuvo que esa época confundió lo bello con lo verdadero y redujo la literatura a pura ideología en su substancia, y álgebra en su forma.

Basch menciona numerosos hechos en la vida de Descartes que manifiestan su afición estética: ha sido "amoroso" de la poesía; ha encontrado "delicadezas y dulzuras muy arrebatadoras en ella", ha dedicado "bastante" tiempo a las "historias" y a las "fábulas" antiguas. Recuerda muchas veces a Virgilio, Horacio, Ovidio, Plauto y Terencio. No ignora a Ariosto y en su estancia en París de 1626 a 1628 se interesó particularmente en los versos de Teófilo de Viau. Ha reflexionado sobre el arte dramático e intentado una solución al problema psicológico que plantea lo trágico: cómo se explica el placer que recibimos con la representación del dolor. Compuso para la Reina Cristina un ballet y una "fable bocagère" especie de Pastoral dramática de la que no terminó el cuarto acto. Hubiera consentido en hacerse pintor y no ignoraba la arquitectura. Pero nada le ha apasionado tanto en la esfera del arte como la música. Durante el siglo XVII ocurrieron importantes progresos musicales; se fijaron dos únicos modos: el mayor y el menor; "se precisó la armonía frente al contrapunto sistemático, aparecieron nuevas formas como la ópera, y el oratorio con recitativo y aria y con acompañamiento instrumental. Se manufacturaron e inventaron instrumentos y se dieron a luz formas musicales tan importantes como la *fuga* y la *suite*. Comenzó el predominio de la Música de Cámara." Era una invitación al alma siempre curiosa de René Descartes.

Basch participa de las ideas de Charles Adam quien considera que el mundo de la estética no es ni el dominio de la extensión ni el del pensamiento, ni el mundo de los cuerpos ni el del alma, sino este *tercer mundo*, que nace de los otros dos y que es el más real de los tres a juicio de Adam, "mundo de la luz y de los contornos y de los sonidos y de todas las cualidades sensibles, mundo de los *sentimientos*, mundo de las *pasiones*, mundo de lo Bello y del *Arte*".

Pero donde claramente se afirma la afición estética y se trazan tesis estéticas es en el *Compendio de música*.

XI. *Compendium musicae*

Fué compuesto en Breda y fechado el 31 de Diciembre de 1618. Se publicó por vez primera poco después de la muerte del filósofo en 1650 y tengo a la vista un ejemplar editado en 1695 en que el editor advierte que se trata de una obra para los estudiosos de las matemáticas, que es encomiable por su brevedad, por su método y por la utilidad que presta a los que indagan en el arte de la música. En virtud de esa brevedad me permito leer los rubros de los capítulos: "Hujus objectum est Sonus.—Praenotanda.—De numero vel tempore in sonis observando.—De sonorum diversitate.—Circa acutu et grave.—De consonantia.—Prima figura.—De octava.—Secunda Figura.—De quinta.—De Quarta.—De Ditone tertis Minore, et Sextis.—De Gradibus sive Tonis.—De Dissonantis.—De ratione Componendia et Modis.—De Modis."

El objeto de la música es el sonido caracterizado por su duración e intensidad y especialmente por la capacidad de provocar tristeza y placer. Al físico corresponderá indagar más profundamente la naturaleza de este fenómeno y el proceso de su desarrollo. El estudio musical está íntimamente ligado con el problema afectivo. El fin de la música es suscitar en nosotros placer (*ut delectet*) y emociones de naturaleza diferente (*varios affectus*). De todos los sonidos el de la voz humana es el más agradable, por estar más conforme a nuestra naturaleza y sobre todo por las leyes de la simpatía. La voz de un amigo nos es querida. La excitación sonora no debe sobrepasar ciertos límites: el estallido del trueno es demasiado fuerte y violento para que un músico lo utilice. El sentimiento de lo bello corresponde a la proporción. Si oímos el mismo tono varias veces, llegamos a ser indiferentes. Respecto de los intervalos de tono la primera sensación muy agradable es la octava, pero el agrado crece al oír la quinta "la consonancia más grata". "A esto se debe que no pueda ser usada tan frecuentemente como la octava, del mismo modo que nos indigestamos por comer solamente azúcar o golosinas y saciamos nuestra hambre con pan, a pesar de que todos reconocemos que no sabe tan bien como el dulce." El tono contiene cierto número de tonos más altos con los que puede estar en consonancia. Todo tono fundamental lleva consigo sus armónicos. La medida "sirve de apoyo a la imaginación y nos facilita el abarcar todas las partes de una melodía y recrearnos en la plenitud de

proporciones que contiene". Por sí sola la medida proporciona disciplina y placer como enseña la experiencia, cuando se toca el tambor para regular la marcha o para llamar a los soldados.

Los aires pueden provocar en nosotros tristeza, y sin embargo, sernos agradables. Por la sola variación de las medidas, la música puede suscitar emociones diferentes: la medida lenta, emociones lánguidas, tristeza, temor . . . las medidas rápidas: emociones vivas, como el gozo y la alegría. Es una transferencia debida a la asociación. Ya Mersenne explica en carta de 18 de Marzo de 1630 que lo mismo que produce envidia de danzar a unos, hace llorar a otros, y esto viene de que las ideas que están en nuestra memoria son excitadas de modo diferente. La voz de un ser querido aun poco bella, nos toca infinitamente más que la de una persona que nos es indiferente.

Pero además del placer sensible, hay en la música un placer de naturaleza racional: exige que el entendimiento alcance verdadera satisfacción reconociendo la claridad de la construcción melódica y armónica y la proporción del ritmo. El entendimiento considera entonces que si todo sonido puede producir placer, es debido a la proporción entre el objeto excitante y el órgano del sentido. Una descarga de mosquetería hiere al oído. El objeto debe poder ser acogido por nuestros órganos sin esfuerzo y no parecer confuso. La proporción debe ser aritmética y no geométrica, para evitar fatiga, y en general los objetos excitantes no deben ser demasiado complejos ni demasiado simples, porque lo difícil fatiga y lo fácil mata el anhelo, por lo que es preferible buscar una complejidad intermedia que causa mayor placer. Por último, la parte teórica del *Compendio* se refiere a la variedad como fuente de mayor placer: "denique notandum est varietatem omnibus in rebus esse gratissimam".

El criterio estético cartesiano no parece radicar en ningún racionalismo sino más bien en una satisfacción difícil de determinar. En carta a Mersenne de 18 de marzo de 1630 responde a la pregunta del Padre por qué un sonido es más agradable que otro, diciendo que no hay evidencia estética: "mais ce qui plaira à plus de Gens pourra être nommé simplement le plus beau, ce qui ne saurait être déterminé".

El *Compendio de música* me hace pensar en la posibilidad de una ciencia ideal de la musicalidad, a base de descubrir leyes que expliquen las relaciones naturales entre los sonidos, y sus cualidades por una parte, y las emociones y pasiones por la otra. Es evidente que tanto los sonidos

musicales como nuestros sentimientos son movimientos que siguen un proceso determinado, y que aquéllos pueden ser y de hecho son expresión concreta de éstos.

Al finalizar su trabajo escribe Descartes las siguientes líneas llenas de significación: "Debería de tratar de cada *pasión* en particular, y ver de qué manera es posible que sea evocada la Música y debería mostrar las escalas tonales, consonancias, tiempos, figuras y demás, necesarias para *despertarlas* en nosotros; pero eso traspasaría los límites que me he impuesto en este pequeño trabajo."

¿Por qué no siguió este trabajo? ¿Motivos extrínsecos o más bien la convicción que ahora viene a mi mente, grabada en una de esas sentencias llamadas *Reglas para la dirección del espíritu*? La *Regla VIII* dice textualmente: "Si en la serie de cosas que se han de investigar se presenta algo que nuestro entendimiento no pueda intuir suficientemente bien, es preciso *detenerse allí*; y no se debe examinar lo demás que sigue, sino abstenerse de un trabajo superfluo."

XII. *Verdad y amor*

La actitud humanista admira y respeta a quienes los siglos han consagrado modelos clásicos de la filosofía. Este espíritu de progreso que anida en el humanismo intenta soluciones a las cuestiones vivas de cada época.

René Descartes, padre de la filosofía moderna, dedicó buena parte de su vida a la búsqueda de esas soluciones.

Al tener hoy la honra de venerar públicamente todo lo que hay de meritorio en la vida y en la obra del eminente pensador, me parece conveniente dar término a mi modesta intervención, señalando la "existencia" "actualidad" o "presencia" de la preocupación cartesiana en la esfera cultural de Francia, tal como aparece en nuestros días. Y en la imposibilidad de referirme a los diversos filósofos y escritores que se han encarado al problema cartesiano, solamente diré pocas palabras sobre uno de los exponentes del pensamiento francés contemporáneo, el autor del "Journal Métaphysique", Gabriel Marcel, y ello por la coincidencia de "aficiones" ya que ha tratado nuevamente y por modo especial el tema de las relaciones entre el alma y el cuerpo, y el de los afectos y singularmente el del sig-

nificado de la creación y recreación musicales y de la composición dramática, para lograr el encuentro de sí mismo.

Marcel considera que el *cogito* cartesiano debe ser superado por la experiencia más inmediata de mi existir concreto y vivido, anterior a la realidad lógica. El ser se afirma antes de ser afirmado. El ser implica una presencia: yo soy quien interrogo sobre el ser y sobre el pensar. Toda presencia es como el canto de la amistad. Por el amor y la amistad yo estoy presente a otro. Y cuando este otro deja de ser "él" para convertirse en "tú", se revela ante mí su presencia. Entonces no somos objetos sino "nosotros". La metafísica francesa ha tomado en serio la lección de las "meditaciones", puesto que literalmente ha forjado el hábito de meditar hasta el extremo de vivir diariamente en actitud filosófica, realizando este extraordinario "Journal" que ya lleva al menos tres partes. Y el tema principal es la presencia interior.

Marcel emprende la descripción fenomenológica del propio ser, del ser concreto que es el hombre que lucha y sufre, pero que también ama y espera, que vive una situación única con tonalidades intransmisibles semejantes al encanto musical. "El ser musical es una presencia, y el primer cuidado del fenomenólogo deberá consistir en señalar la imposibilidad en que estamos de disociar efectivamente el contenido presente, por una parte, y el modo de presencia, la manera de estar presente, por la otra." La música es camino para acceder a lo más profundo de su ser personal. Es una revelación que sobrepasa las fórmulas objetivas, es significación por antonomasia, es experiencia auténtica, y la verdad de una idea se juzga por la sinceridad y autenticidad de la experiencia que la descubre. Para juzgar es preciso atender, pero atender a alguna cosa supone siempre la atención a sí mismo como ser que está sintiendo. Es la idea de un *a priori* de la sensibilidad pura, o sea el carácter misterioso e íntimo del enlace entre mi cuerpo y yo, que colora mi juicio existencial. El amor y la música, el drama y los afectos, son vías de recogimiento para hallar la verdad. La filosofía puede construirse concretamente sobre la meditación de la presencia, la muerte, la disponibilidad, la fidelidad, la esperanza y el amor. La idea de comunión ontológica, que significa presencia, hace entrever a Gabriel Marcel "como un lento pasaje de la dialéctica pura al amor, a medida que el tú llega a ser más y más profundamente un tú". Toda relación de ser a ser es personal, Dios es el Tú absoluto, satisfacción de mi exigencia ontológica, porque es un Tú para

LA ESFERA AFECTIVA EN EL PENSAMIENTO CARTESIANO

quien yo existo, para quien soy tenido en cuenta, es la esperanza de mi alma, y todo mi deseo consiste en vivir ante la presencia de Dios y participar siempre de su amor. Dios entendido como verdad impersonal sería la más pobre de las ficciones. Esto recuerda el pensamiento de Pascal: "la Verdad sin Caridad no es Dios".

El *Journal Métaphysique* fué comenzado en 1914, y después de cerca de veinte años de reflexión filosófica Marcel se convierte a la religión católica a la que perteneció René Descartes. El problema del ser es idéntico al problema de la salvación. Existir es peligroso y urge ser y urge la salvación por la Verdad.

Sin desconocer los peligros de pasar del racionalismo al irracionalismo, el *Journal Métaphysique* muestra, al menos, que el amor y la dialéctica no necesariamente se excluyen. Descartes así lo ha comprendido, y Pascal ha podido cifrar su existencia en aquel bello anhelo: "¡Feliz esa vida que empieza con el amor y se prolonga en ambición de alcanzar la Verdad!"

La lección que se desprende de estas indagaciones que me llevan de las experiencias concretas afectivas hasta el conocimiento ontológico de mi ser, ha sido expresada reciente y admirablemente por Louis Lavelle: "La dialéctica encuentra la verdad precisamente en el momento en que realiza entre las ideas las mismas relaciones que el amor realiza entre los seres." "El conocimiento no es verdaderamente perfecto —escribe Maritain— sino cuando surge convertido en dilección."

Y todas estas actitudes filosóficas son auténticas porque significan luchas espirituales contra todo escepticismo, porque sugieren a la juventud inquietudes fecundas, porque la impulsan en el sentido del progreso. No se trata de hacer simplemente "historia" de la filosofía, ni memorizar solamente un formalismo sistemático, sino de inducir al estudioso a buscar la Verdad en la reflexión personal.

¡Honremos a Descartes y a los pensadores eminentes que han buscado como punto de partida una experiencia auténtica!

¡Oigamos una vez más la voz filosófica del Cartesio: "me resolví a no buscar otra ciencia que no fuese la que yo pudiera encontrar en mí mismo o en el gran libro de la naturaleza"!

DR. JOSÉ LUIS CUIEL Y BENFIELD